

**¿Por qué tan poca pasión  
si nos queremos tanto?**

© Ricardo Cariaga, 2020

© Editorial Planeta Chilena S.A., 2020  
Avenida Andrés Bello 2115, piso 8  
Providencia, Santiago de Chile  
[www.planetadelibros.cl](http://www.planetadelibros.cl)

Primera edición: julio de 2020  
ISBN: 978-956-360-761-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Impreso en Chile / Printed in Chile  
Impreso en: Gràfhika Impresores Ltda.

**Ricardo Cariaga Guillot**

**¿Por qué tan poca pasión  
si nos queremos tanto?**

 **Planeta**

## ÍNDICE

Introducción .....	9
Siempre somos tres .....	15
Nuestro día de suerte.....	33
El comienzo de la aventura .....	55
El juego en la relación .....	63
La complicidad.....	71
Las creencias.....	81
El placer y el sentimiento.....	87
La teoría de la mesa y el florero.....	95
Introducción segunda parte .....	101
Las playas nudistas .....	113
Los clubes swingers.....	133
Infidelidad consentida .....	153
El hotel de la complicidad .....	163
La ciudad desnuda.....	185
Reflexión final .....	191

## Introducción

Quienes leyeron mi primer libro, *¿Por qué nuestra relación no funciona si nos queremos tanto?*, conocen la historia de mi relación con Mónica. Para resumirla, podríamos decir que nos conocemos desde los nueve años, pololeamos desde los quince y después de siete años nos casamos. Tuvimos nuestras hijas muy jóvenes, y a los doce años de relación, vivimos una crisis ocasionada por mi profundo desencanto del matrimonio. Se había transformado en un ente insípido en donde casi no quedaba pasión ni menos complicidad entre nosotros.

Era un matrimonio estable, funcional y satisfactorio en muchos aspectos, pero... “¿No podría ser mejor? ¿O esto es todo lo que hay?”, me preguntaba muchas veces. Pero el problema no era con Mónica, era con la relación. El cariño por ella era cada día más profundo y mi compromiso con la familia, cada vez más consciente... La

complicación era la falta de pasión, deseo y complicidad en nuestra relación.

“¿Por qué si la pasión, el deseo y la complicidad son tan importantes en la relación, terminan casi desvaneciéndose con el tiempo? ¿Con qué tendrá que ver?”, me preguntaba también, y después del conocimiento y experiencia adquirida a través de los años, creo que tiene relación con que uno no entiende que, cuando termina la etapa del enamoramiento, inexorablemente desciende la pasión. Y uno no lo entiende, simplemente porque nadie te lo enseñó.

Entonces, es necesario replantearse el concepto y entender que es algo que se cultiva, que no fluye solo, y que además va cambiando en función del crecimiento de las personas y su relación.

Pienso que la pasión, con el tiempo, debe ir conscientemente migrando desde la pasión “por tu pareja” a la pasión “*con* tu pareja”, en donde cada uno satisfaga sus deseos propios, “sirviéndose” del otro y “colaborando” para que su pareja consiga satisfacer el deseo propio.

Hay que generar un espacio que solo tú y tu pareja conozcan, un “lado B” en donde puedan fantasear sin temor, se den permisos que en el “lado A” de sus vidas no se darían y hacer ese camino sin culpa y sin miedo, pero por sobre todo con curiosidad e imaginación.

Como decía Einstein: “La imaginación es más importante que el conocimiento. El conocimiento es limi-

tado. En cambio, la imaginación abarca todo.” Porque el conocimiento está ahí, y además, gracias a internet, está al alcance de todos. En cambio, tener imaginación y atreverse a curiosear requiere muchas veces de una cuota importante de valentía. No quedarse solo con el conocimiento que otros publicaron, sino que cuestionarlo y en lo posible aportar con conocimiento propio.

Lo que relato en parte de este libro era un viaje a lo desconocido; pero había que atreverse, porque la gracia de viajar es vivir experiencias nuevas. Entonces, algunos destinos seguramente nos iban a encantar y, por lo mismo, íbamos a querer repetírnoslos una y otra vez. Otros nos gustarían, pero solo para visitarlos una vez, y a otros no volveríamos jamás, porque no habrían sido de nuestro agrado, pero formarían parte del anecdotario de nuestra relación. Y así ha sido, y no me arrepiento porque nos ha permitido enriquecer nuestras vidas con experiencias, visiones y emociones diversas. Además, hemos tenido la suerte de poder transmitir todo ese conocimiento a través de las terapias, las redes sociales, las entrevistas, los libros y, gracias a ello, ayudar a muchas personas a creer que cuando una relación no marcha bien, existe otro camino además de los de separarse o aguantar.

Finalmente, hice este viaje con Mónica, mi compañera de vida desde los quince años, como mencioné más

arriba, y estoy profundamente agradecido de que haya accedido a ser mi compañera de aventuras.

Porque la otra gracia de viajar es compartir, y ¿qué mejor compañero de viaje, que el amor de tu vida?

Ricardo Cariaga



*Cómo te abrazaré, cuánto te besaré,  
mis más ardientes anhelos en ti  
realizaré... te morderé los labios, me  
llenaré de ti... por eso voy a apagar la  
luz, para pensar en ti.*

## Siempre somos tres

En la relación de pareja, siempre somos tres.

Permítame exponerle la siguiente situación: si lo citara a una reunión el profesor jefe del colegio de uno de sus hijos y en ella le dijera que a su niño, el primer semestre del año, le ha ido pésimo en matemáticas; se han realizado 14 controles y la mejor nota que ha sacado, ha sido un 2,8. ¿Qué sentiría? Seguramente un poco de culpa por no haberse percatado antes de la situación, pero además algo de preocupación, ¿no es verdad?

Y si le pregunto: “¿qué haría?”. A ciencia cierta me contestaría que se haría cargo del asunto.

Ahora supongamos que, cuando el profesor le cuenta lo de las notas de su hijo en matemáticas, usted le pide que le muestre las notas del curso y, cuando las ve, se da cuenta de que, de los treinta alumnos, veintiocho tienen nota promedio bajo tres durante ese semestre. ¿Qué conclusión sacaría? Exacto: que el problema seguramente

es la metodología, el profesor, pero en ningún caso su hijo.

Bueno, en esto de las parejas es parecido. En el mundo iberoamericano la mitad de las parejas se separan, y de la otra mitad, el setenta por ciento considera no estar realmente contento con la relación. Es decir, que las parejas exitosas son un poco más del diez por ciento. Un porcentaje demasiado pequeño, a mi entender.

Cuando conocí esas estadísticas saqué la misma conclusión que usted en el ejemplo del colegio: si fuéramos el diez por ciento las personas a las que nos va mal en la relación de pareja, estaría bien, porque es esperable que exista un porcentaje de personas a las que les ocurra eso. Pero cuando casi al noventa por ciento le va mal, y además esas personas se emparejan queriendo que les vaya bien y sustentados en un sentimiento tan poderoso como es el amor... y no funciona, entonces parece que el problema no son las personas. Debe haber un problema más profundo.

Me pasé ese rollo y por supuesto me obsesioné con intentar buscar la respuesta. Y para hacerla simple, llegué a la conclusión que hay varias cosas que influyen actualmente en el mal resultado de las relaciones de pareja. Pero tres son los más importantes, y todos igual de determinantes.

La primera: nadie nos enseña a ser pareja, uno se sube a este “barco” sin saber nada... a puro improvisar.

Veamos cuánto sabe usted.

Por ejemplo: el amor de pareja está compuesto por tres elementos. Uno ellos es el afecto, el cariño. ¿Usted me quiere a mí? Seguramente no. ¿Por qué no? Porque no me conoce, sería su respuesta. Exacto, el afecto se genera solo desde el conocimiento.

De todas las personas por las cuales yo sentía afecto, solo con una hice una diferencia: con Mónica. Aquí está el segundo elemento. Con ella me comprometí. Hicimos el compromiso de hacer nuestra vida juntos; de cuidarnos, protegernos, apoyarnos, respetarnos y colaborararnos mutuamente, además de lealtad, fidelidad y un montón de cosas más a las que uno se compromete y no sabe a ciencia cierta si las va a poder cumplir o no. Pero se compromete igual.

El último de los tres elementos es la pasión. Pero no solo la pasión sexual, sino que la pasión por la relación. Eso que hizo que nos comprometiéramos “porque todas las cosas que me quedan por conocer, las quiero conocer contigo y todas las cosas que me quedan por hacer, las quiero hacer contigo”. La pasión por la relación.

Estos tres elementos, afecto, compromiso y pasión, son los componentes del amor de pareja. Si uno de ellos no está... no es amor de pareja. (Esto está súper explicado en el primer libro).

Si hacemos una analogía y pensamos que estos tres elementos son parte de un auto, el afecto sería el motor,

el compromiso sería la carrocería, lo que lo contiene, y la pasión sería el combustible, el elemento que permite que el auto se movilice y cumpla con la función para la que fue creado. Ese combustible permite que la relación se desarrolle, crezca y no se estanque, entre otras cosas.

Bueno, la mayoría de las parejas, a poco andar, comienzan a vivir solo con afecto y compromiso, pero sin nada o con muy poca pasión.

Le pregunto: en algunos años más si un hijo suyo viniera donde usted y le dijera que quiere mucho a su pareja y además siente que está súper comprometido con ella porque, de hecho, están esperando un segundo hijo y se acaban de comprar una casa, pero que siente que la relación ya no vibra como antes, siente que ya no están conectados, que ya no existe esa “chispa” que antes tenían... o sea, ya no hay pasión en esa relación... ¿Sabría usted qué aconsejarle a su hijo para que recuperara la pasión y la pudiera mantener treinta o más años?

Para colaborar con usted, le cuento que el principal elemento de la pasión es la complicidad.

Le pregunto: “¿qué genera complicidad?”.

Por si acaso, también le cuento que salir con su compañero(a) de vida a caminar por el parque o descalzos por la orilla del mar, o en una tarde lluviosa salir a tomarse un chocolate caliente en una cafetería o salir a bailar o a cenar a un bonito restaurante, o hacer un cru-

cero por el Caribe o incluso hacer el amor con su pareja... nada de eso genera complicidad.

¿Sabría decirle a su hijo qué hacer para que recobrarla la complicidad en su relación?

Si no sabe... entonces quiere decir que no sabe cómo conseguir el combustible de la relación. Y en esa condición era difícil que le fuera bien en su relación, al menos en ese aspecto, que según nuestra visión de terapeutas es fundamental.

¿Quién te enseña eso?

Nadie. Yo tampoco sabía.

Otras dos preguntas: ¿el erotismo es importante en la relación de pareja?

Seguramente estará pensando que sí lo es.

¿Es importante sentirse seguro del otro?

Seguramente también estará pensando que sí lo es.

Le quiero contar que las investigaciones que se han desarrollado en esta área han revelado que el erotismo es inversamente proporcional a la seguridad. Es decir, entre más seguro me sienta yo de mi pareja, menos erotismo siento por ella.

Otro ejemplo: usted y su pareja están en una situación que necesitan dirimir. Usted piensa que la solución es una y su pareja cree que la solución es hacer todo lo contrario y vienen a mi consulta para que yo los ayude. La primera instrucción que les daría sería que lo que

NO tienen que hacer, por ningún motivo, ninguno de los dos, es ceder.

“¿Pero cómo?!”, estoy seguro me preguntarían sorprendidos, y luego agregarían: “Es que alguien siempre tiene que ceder, a veces cede uno y otras veces el otro, porque de eso se trata el amor, ¿verdad?”

“NO, no se trata de eso”, les respondería. Eso es lo que les han enseñado, pero no funciona. Porque cuando yo cedo, mi pareja queda contenta, pero yo clavo una espina en mi corazón, y muchas espinas clavadas en el corazón terminan destruyendo la relación. (El desarrollo de este tema está en el libro de la comunicación, el segundo libro).

Bueno, y así podría dar cien ejemplos de cosas que te enseñaron que eran y no son. A eso me refiero cuando digo que uno se sube a este “barco” de las relaciones de pareja sin saber nada... a puro improvisar.

Sin duda, los tiempos han cambiado. Hace solo medio siglo, por ejemplo, a nadie se le pasaba por la cabeza la tolerancia que existe hoy por el sexo prematrimonial, o el vivir juntos sin casarse, y para qué mencionar el matrimonio homosexual.

Sin embargo, me parece increíble que a pesar de esos cambios, el espíritu del matrimonio no ha evolucionado para estar a la altura. Todavía las parejas seguimos muchas de las premisas de nuestros padres y abuelos,

amoldándonos a las reglas, principios y valores que los regían en ese entonces.

El mundo cambió y las relaciones también deben cambiar, deben adaptarse a los tiempos actuales. No hay que tenerle miedo a eso. De hecho, no hace mucho tiempo la estructura, la forma de ser pareja, era muy distinta a la actual. Era una estructura patriarcal en donde “yo soy el hombre, tú me obedeces a mí, no me controlas, no me das instrucciones”. Bueno, esa forma de ser pareja se terminó, porque no iba con los tiempos. Las mujeres, los hombres y la sociedad cambiaron. No se sostenía más una relación de pareja en esos términos.

Entonces se creó esta, la que actualmente vivimos, en donde el amor romántico y los compromisos asociados a él son el centro de todo.

Bueno, las estadísticas dicen que no funciona. Se tiene que terminar, se va a terminar también porque ese tipo de relación hoy tampoco va con los tiempos.

Cada pareja debe buscar su propia forma de armar su relación, en función de su realidad valórica y cultural, porque cada relación es única. No podemos estar todos sometidos a una misma estructura.

¿Por qué creemos eso? Por lo siguiente: quienes leyeron el primer libro recordarán que Mónica y yo comenzamos nuestra relación a los 15 y 17 años respectivamente. Pololeamos 7 años y nos casamos. A los dos años nació nuestra primera hija, Camila, tres años después



Fernanda, y a los doce años de matrimonio entramos en una crisis bastante complicada que no supimos solucionar solos, entonces decidimos buscar ayuda. Fuimos al psicólogo —a tres, para ser más precisos— y ninguno de ellos nos pudo ayudar. De hecho, sin decirlo abiertamente, nos dieron a entender que el camino era la separación.

La verdad es que yo no me quería separar.

Yo le decía a Mónica: “Tú eres la mujer de mi vida, nadie me conoce como tú, nadie me va a querer de la manera que tú lo haces, contigo tengo una historia, hemos construido una familia, tenemos dos hijas maravillosas... en general no nos llevamos mal. Siento que la relación es una lata, me aburro como ostra, siento que ya no hay pasión entre nosotros, estamos desconectados, ya no vibra... pero ¿cómo no va a haber solución? Entonces nos pusimos a pensar y a investigar, y descubrimos cosas interesantes.

Un paréntesis: Entre las cosas que descubrimos, logramos entender por qué los psicólogos no nos pudieron ayudar. Revisé la malla curricular de todas las carreras de psicología de este país, ramo por ramo, semestre por semestre, año por año y me di cuenta, para mi sorpresa, de que no existía ningún ramo dedicado a las parejas. Concluí entonces que los psicólogos no saben de parejas. Saben cómo tratar al individuo, pero

de relaciones de pareja, nada. Entonces, no había que tomar en cuenta el diagnóstico de ellos.

Bueno, con Mónica nos pusimos pragmáticos y analizamos: ¿qué es la relación de pareja?

—Algo que construimos, formamos o constituimos tú y yo —reflexionó ella.

—¿Y qué somos tú y yo? —le pregunté.

—Seres humanos distintos uno del otro, con expectativas, sueños e ideales diferentes... sin embargo, ambos con un solo propósito: ser felices. Porque todos los filósofos han llegado a esa conclusión: el ser humano anda siempre en busca de la felicidad —me contestó.

—¿Cuál felicidad? —pregunté, para escudriñar un poco más.

—Difícil, yo creo que...

—¡La propia, Mónica! —interrumpí, un poco acalorado—. ¡La única felicidad que le importa al ser humano es la propia! Ninguna otra.

—Pero es que eso suena muy egoísta —me respondió.

—Bueno, te lo puedo hacer sonar más bonito: lo que pasa, amor, es que mi felicidad pasa por que tú estés contenta. ¿Te gusta más así? Pero es lo mismo: MI FELICIDAD PASA... ¿te das cuenta?

—Mira —continuó—: la madre Teresa. ¿Por qué hacía lo que hacía? ¿Porque la hacía infeliz ayudar a los pobres en Calcuta?

—Por supuesto que no —contestó Mónica.

—Exacto, seguramente le llenaba el alma y el espíritu ayudar a quienes más lo necesitaban. O sea, la hacía feliz. Pero eso no es malo.

—Ser feliz no es un derecho, es una obligación, porque si no, andas contagiando tu amargura a quienes te rodean, escuché por ahí, no me acuerdo a quién, y me hizo sentido.

Pero volvamos atrás. Estábamos en que la relación de pareja era un ente construido por nosotros, pero que no éramos nosotros. Es decir, en nuestra relación siempre somos tres: tú, yo y la relación.

Es como si dos personas formaran una empresa con el propósito de vivir de sus utilidades. Y en este caso, la “empresa” les tiene que dar utilidades (\$) a los dos. Si le da solo a uno de ellos, no sirve. Y si la empresa empieza a perder plata, menos sirve. Hay que cerrarla.

En la relación de pareja, las utilidades (\$) son la felicidad. Es decir, la relación nos tiene que hacer felices a los dos. Si te hace feliz a ti y a mí no... no sirve. Y menos si no nos hace felices a ninguno de los dos. En ese caso el camino es intentar arreglarla, pero si seguimos “perdiendo plata”, es decir, no logramos ser felices, tenemos que terminarla, porque pierde el sentido para el que fue creada.

No sé si se fijaron: la relación nos debe hacer felices, no yo a ti o tú a mí. Y el compromiso con el “socio” es

trabajar para ayudarle a la “empresa” a que nos dé lo que ambos necesitamos.

Definido entonces: la empresa es un ente diferente de los dos y su objetivo es hacernos felices.

Entonces definamos: ¿qué nos hace felices? Aquí está lo que puede parecer complicado porque, obviamente, a cada persona le hacen feliz cosas diferentes. Sin embargo, hemos concluido que existe un sinnúmero de cosas que hacen felices a todos quienes forman una relación de pareja. ¿Cuáles son esas? Una persona que me quiera, haber tenido hijos a quienes disfrutar, tener un refugio (hogar) en el cual descansar. En general todas aquellas que tienen que ver con la familia y su estabilidad.

¿Quiere decir que sirve la estructura de relación que tenemos actualmente?, nos preguntamos.

Sí, en función del orden y la operación, pero no es suficiente para hacernos felices emocionalmente.

Los seres humanos necesitamos más que una familia que funcione operacionalmente de manera perfecta. Necesitamos emoción, aventura, adrenalina... en resumidas cuentas, “sentirnos vivos”, y no solamente como un engranaje de una estructura a la que denominamos “familia”.

La estructura que tenemos hoy sirve casi perfectamente para satisfacernos en uno de esos aspectos: la familia, que es nuestro lado social, por decirlo de alguna manera. Pero es absolutamente insuficiente para que,

además, nos sintamos libres de ser auténticos dentro de ella. Dicho de otra manera, la estructura actual sirve para la estabilidad, pero no para la emoción.

Ahora, es importantísimo comprender que la emoción sana dentro de la relación se logra solo si existe estabilidad. Una relación donde hay pura emoción, es una relación sin base. Entonces, no es necesario cambiar la estructura, lo que debemos hacer es modificar ciertas cosas que tienen que ver con creencias, principios y valores que consisten en ideas que hace doscientos, quinientos o dos mil quinientos años alguien tuvo por ahí, generalmente con un fin práctico, y que el resto de las personas hemos tenido que seguir como ovejas, aunque ya esos principios no tengan sentido y ya no se ajusten a los tiempos actuales.

Les voy a contar una historia: hace unos días estábamos con Mónica en el cumpleaños número cincuenta y tantos de una amiga muy querida. La mesa la compartíamos seis parejas, todas de edades parecidas y con matrimonios de más de veinticinco años, el que menos. Debo decir que, si bien es cierto que no somos amigos unos con otros, nos conocemos hace bastante tiempo.

La conversación de a poco fue derivando en una comparación de los tiempos actuales con los que nos tocó vivir a nosotros cuando jóvenes, y comenzaron a aparecer aquellas típicas frases: “¿Se acuerdan cuando nosotros...?”.

De pronto, porque estaba un poquito lateado, interrumpí el parloteo y, dirigiéndome a la pareja que estaba frente a mí, les pregunté de sopetón: “¿ustedes tuvieron relaciones sexuales antes de casarse?”. Se hizo un silencio en la mesa y luego él contestó que sí, esbozando una sonrisa incómoda. Haciendo caso omiso de aquello, miré a cada una de las parejas fijamente: “¿Y ustedes?” Esperaba la respuesta y continuaba con la siguiente. Cuando di la vuelta completa, y habiendo recibido por respuesta siempre un sí, les dije, mirándolos a todos: “¡Qué feo!”, con gesto de “eso no se hace”.

—¿Qué te pasa? —me soltó uno de los hombres presentes—. ¡Si tú también lo hacías!

—Sí, es verdad —contesté, calmadamente—, pero no estoy hablando de eso. Estoy diciendo que eso que ustedes y nosotros hacíamos, era muy mal visto en ese tiempo...

—Es que los padres de esa época no cachaban nada —acotó uno de ellos, interrumpiéndome.

—Sí, pues —señaló otra de las comensales—. Querían que nos casáramos vírgenes.

—Mi mamá todavía se siente orgullosa de haber llegado virgen al matrimonio—. Comentó otra de ellas.

—¿Y qué pasa con sus hijas? —pregunté al grupo, sabiendo que todos ellos tienen hijas adolescentes—. ¿Tiran con sus pololos?

—¿Por qué dices “tiran”? ¡Qué feo! —alegó mi amiga.

—Bueno, está bien... ¿Hacen el amor con sus pololos? —corregí.

Ahí se generó una suerte de histeria comunicacional: todos comenzaron a hablar al mismo tiempo, y ocurrió igual como en el Chavo del 8, cuando todos hablaban al mismo tiempo y de repente se callaban, y él terminaba diciendo una frase completamente inesperada. Bueno, tal cual: de repente se hizo un silencio y se escuchó de boca de una de las mujeres presentes:

—Yo le digo a mi hija que, si es con responsabilidad, que tire lo más posible, porque yo tiré con este no más —dijo mirando a su marido, lo que provocó una risa generalizada.

—Entonces —proseguí una vez se acabaron las risas—, un valor tan incuestionable como la virginidad, en apenas una generación y media, cambió en 180 grados.

—Bueno... sí —dijo uno. El resto asintió con gestos de “qué se le va a hacer”—. Hoy los pololos se van de vacaciones juntos sin problema. El mundo cambió y habrá que adaptarse no más.

—¿Les cuento lo que viene? —continué— ¿Lo que también se va a terminar, así como se terminó esto del valor de la virginidad? —todos me miraron expectantes, como pensando: “¿Con que nos va a salir ahora?”.

—Se va a terminar la exclusividad sexual dentro de la relación. Las personas, al firmar el contrato nupcial, van a poder elegir si una relación monógama o no.

—¡Estás loco! —gritaron unos por ahí—. ¡Se convertiría en Sodoma y Gomorra! —exclamaron otros. Entonces, dirigiéndome a mi amiga, la dueña de casa, le pregunté—: ¿comamos postre?

No seguí profundizando porque no estaban las condiciones para sustentar lo que estaba diciendo. En algunos capítulos posteriores les contaré más sobre la no exclusividad sexual dentro del matrimonio. El mundo ha cambiado y debemos adaptarnos a él.

Alvin Toffler, un escritor futurista estadounidense, doctorado en ciencias y varias cosas más, postulaba que los analfabetos del siglo XXI no iban a ser los que no supieran leer ni escribir, sino que los que no tuvieran la capacidad de reaprender: desaprender lo aprendido para volver a aprender. No podría estar más de acuerdo con él porque, efectivamente, el conocimiento avanza tan rápido y los seres humanos están extendiendo tanto su expectativa de vida, que les va a tocar vivir dos o tres mundos distintos en su vida. Entonces, los que no tengan la capacidad de desaprender lo aprendido y volver a aprender, es decir, adaptarse a los nuevos tiempos, van a sucumbir.

Ok, si eso es así, entonces, “¿A qué hay que adaptarse? ¿Qué debemos cambiar? ¿Qué es lo que debemos



mejorar?”, nos preguntábamos con Mónica, y la verdad andábamos súper perdidos, no sabíamos por dónde comenzar... hasta que tuvimos “nuestro día de suerte”.